FUMAR EN

1
233709



BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

10 cénts

1
233709

47/1505163

Fumar en pipa

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

—¿Me guardas rencor Renée?

—Casi, casi... Has sido muy desabrida conmigo.

—¿Tentativas inútiles?—(Y la daba un fuerte ósculo en los lábios).

—Por completo.

—¡Tú misma!—No sabes qué es bueno...

—Sí lo sé... pero hoy...

—¡Qué cosas!... ¿Te enoja que te haya plantado tú novio?

—Natural... Eran sus toques tan voluptuosos...

—¡Más lo son los míos, rical

—No es lo mismo...

—¿Qué echas de menos?..

—El nervio...

—¡Ah! ¡Ya!...

—¡Cuidado que tiene un nervio ese granuja de americano!

R. 3224100

—Y tu unos pechos maravillosos...
—En cuanto a eso... a tí no te gano.
—¿A comparar, monina?
—Ahora no.., te he di... dicho.

(No podía pronunciar bien las palabras por impedírselo la caricia sabia de su compañera de viaje).

El auto en que viajaban ambas aventureras, en busca de impresiones de guerra... (de guerra amorosa se entiende) en los campos casi desolados de Lituania, territorio Ruso, volaba...

—Luego... no conoces los goces entre mujeres?..
—Apenas... por las novelas...
—Eres una estupidilla, Renée.
—Ya lo sabía...
—¡Qué ri... ri... ri... cucha!
—En tanto tu mano... ¡eh!
—¡Mi mano es sabia!... ¡Deja!
—No quiero... Nos puede ver el mujik ese.
—Deja a Ivan... A cien leguas esta de nosotras, aunque le tengamos en la delantera...
—¡Pero Olga!... ¡Olga... ga!
—¡Ah!... Por fin... Renée... Renée adorada...
—Así, así... Mía! bien mía, como has sido de Reginald.

—¿Reginald?... ¡Ah!... No creas... Noto que tiene un parecido vago contigo Olga.
—¿De veras? Lo celebro...
—¡Solo tenía un defecto!...
—¿Cual?
—Fumar en pipa...
—¡Ese no es defecto, sino gracia, mira!...
—Para ti, bien.
—Para todo el mundo... Eso es higiénico... y voluptuóso.
—¡Jesús!... También voluptu...
—¡Oso!... Sí, señor. Digo *oso*, remarcando bien porque estamos en el país clásico de los osos...
—¿Hablas por Ivan, el chofer?
—¡Ja, ja, já!... No tanto... Feucho si es y desmedradote el pobrete pero...
—¡Qué!
—Pues, un día en que el chico se estaba bañando por orden mía, vi que su constitución robusta por demás, era a mi completo gusto... y resolví hacerlo mío.
—¡Bárbara!
—¡Como «bárbara!»
—No comprendes que si le otorgas tus favores, le vas a cambiar de sumiso en insufrible... de honrado en prevaricador?...
—¡Bah!... Una vez usado de sus mús-

culos de acero... o de cemento armado...

—¿Qué imaginas?

—¡Deshacerme de él!

—¡Eres cruel a veces!...

—No diré que no... ¡Pero conozco la vida!... ¡Bésame otra vez!...

—¿Otra vez? Si que eres cruel... lo repito...

—¿Contigo? Al revés... Soy una jalea... ¡Abrázame! Lo quiero.

Renée cayo en los brazos de Olga que la estrechaba con cierto furor...

Sus bustos se apretujaban; las puntitas de sus pechugas rozándose coincidían y producíanlas mutuas sacudidas placenteras que recorrían sus bellos cuerpos, hechos para el eterno goce.

Sus muslos se encaballaban, digámoslo así...

Las manos de ambas erraban de acá para allá en la superficie graciosa de sus exhuberantes academias...

Renée, la poco antes apática y casi asqueada a las caricias, a los desvaríos femeninos... quedaba vencida, subyugada.

Olga era mucha mujer...

Era una magnífica hembra, nacida en las estepas rusas y como tal, de instintos y voluntad viriles y prontos.

Nadie resistía a su empuje, a la fuerza

de sus deseos, por violentos que fuesen.

Un beso supremo, un estremecimiento enagenador coronó aquellos devaneos de nuestras viajeras...

Y en tanto el auto volaba... volaba...

II

Muy entrada ya la noche cuando el auto se detuvo bruscamente.

Un neumático había estallado.

—Maldita panne!

—No te preocupes Olga—decía su compañera que deseaba descansar.

—Es que creo que no llevamos ya más neumáticos de repuesto...

—Excelencia... No hay más neumáticos —dijo Ivan, con su acento indiferente...

Acababan de detenerse, con la panne, junto a un mesón de pobre aspecto...

Renée, mientras Olga quedábase junto a su auto y examinaba las ruedas, pasó al interior de la hosteria.

Sentíase mareada? ¿Relajados sus nervios? ¿Fatigada?

Vaya usted a saber. El caso fué que al penetrar Olga en aquel destartalado habitáculo halló a Renée tendida sobre un le-

cho bastante limpio y bastante cómodo.

—Pobre chica!—pensó Olga enterneciéndose (cosa rara en ella).

Luego fijose sin querer, distraída en un mozalbete con larga melena y larga pipa en la boca y larga (aunque robusta) la nariz.

—Todo es largo en ese chico!—díjose la viciosa rusa.—Me gustaría examinarle más a mi sabor... Veremos!

Una hora más tarde Renée y Olga, alegres, dicharacheras habían ya cenado. Estaban de sobre mesa, charlaban de sus cosas.

—Te has fijado bien en ese mocosuelo?

—Un niño! Qué va a tener? Trece o catorce abriles?

—Puede que sí... Pero qué desarrollado le veo... No lo ves tú?

—Vamos, hija, eres insaciable... ¡Mujeres, hombres!.. Nada te basta ¡uf!

—Celosilla!.. Te ha gustado también el muñeco?

—A mí?.. Ni fu, ni fa... Esos campesinos rusos me dan algo de asquito.

—Zonza! Por que no lo entiendes... Vamos ahora arriba, a ver si ese Ivan está ya cometiendo alguna tropelía de las suyas...

—Es dado a aventuras Ivan?

—Enormemente... Subamos... Sin hacer ruido.

Montaron unos quince o veinte peldaños de una rústica escalera y se encontraron en un descansillo, junto a una puerta

Esta estaba algo resquebrajada... A tal circunstancia agradecieron las alocadas forasteras el poder saciarse de ver una escena realista en alto grado.

Dentro en la cama Ivan, echado junto a una robusta campesina (probablemente la hermana del muchachón que vieran antes) estaba ¡fumando en pipa!..

Ella se reía con toda su boca, cada vez que Ivan la daba un achuchón, que a la rusa le sabía a gloria...

—Borrico!..

—Zorra!..

—Animalote!..

—¡Cerda mía! ¡Qué bestia eres!..

(Vaya una literatura amorosa aquella).

—Ponme tu lengua aquí...

—¿Dónde, osa mayor?..

—En un oído...

—¡Bueno, cara de susto!

—¡Ju, jú, ju!

—No te rías, que con esa boca soy capaz de hacerme yo un zurrón para meter las herramientas...

—¡Ju, ju. ju!—reía ella de nuevo, encontrando graciosísimo al chofer.

Olga y Renée, febriles, casi escandalizadas, seguían conteniendo el aliento fisgando.

—¡Pero ese Ivan...—decía Renée.

—No, y lo que es esa rusa, no es bonita; pero de carnes, ¡superior!...

—Vaya unos muslos, ¿no?

—No se los veo, pero le veo el...

—Más bajo... ¡Que nos van a oir y la vamos a espichar!

—Mira, Renée mía, ¡si tuvieras tú unas piernas así!...

—Pero soy más frondosa que ella... Eso sí...

—Mira, ahora ¡Oh!

—¿Qué vés?... ¡Como toda la rendija tapas tú.

—Mi chofer sí que tapa rendijas... y no de puerta, precisamente.

—¡Cállate!... Escuchemos... Eso es sabrosísimo.

Ivan y su hospedera seguían en sus escenas alegres, sin sospechar eran espiados.

—¡Marramiau!...

—¡Ay que gato tan grande!... ¡Muju jú! —(hacia ella imitando el gruñir de un oso)

—¡Ay que osa tan tonta!

—¡Mastuerzo!...

—¡Chata rabona! (El la manoseaba las



partes de la oración).

—¿Me vas a morder en una oreja, peludo mío?

—Qué manía con tus orejas... Déjame fumar.

—¿En pipa? ¡Ah, sí!... Tengo yo una pipa para tí!...

—A verla...

—¿No la has visto?... ¡Mira!...

—¡Oh, sí... Es chiquita, bonita...

—Todas las que usamos por acá son lo mismo.

—¡Ala! trae pa acá; la prenderemos fuego...

—¿Vas a saber fumar con ella?... Lo dudo.

—¡Vamos, tumbona!... ¡Date prisa!...

La recachondísima hospedera que no deseaba otra cosa complació al mujik... que era otro que tal bailaba, en punto a gresca íntima.

Olga y Renée estaban asombradas...

Los dedos de la primera ya buscaban las cosquillas de la otra.

¡Fuerza del ejemplo!

—¡Ay, Olga!...; qué rico debe ser fumar en pipa...—decía René que correspondía a los escarceos de su amiga.

—¡Claro!... Ese maldito Ivan, de fijo no había probado una pipa de su tierra

desde que salió de ella...

—Y se está dando un verde de fumar que ¡ya te digo!

—Ahora es tu bella grupa la que tengo en contacto con mis piernas... ¡qué sabrosa eres, Renée mía!...

—¿Has olvidado ya al mocete de abajo?

—¡Oh!... Vamos, vamos a fumar...

—¿Juntas?

—¡Vaya una pregunta!... Con lo que hemos visto.

—¡Ah, perversa!... ¿Quieres ponerme mareadilla?

—Quiero demostrarte... lo que es fumar en pipa en este país. Yo también traigo la mía...

Ambas vfajeras, jadeantes, fuéronse a su habitación.

III

—¡Wladimir!—llamó Olga al día siguiente.

—¿Excelencia?

—¿Está preparado el auto?

—Para llegar el chofer de su excelencia, si que está, no se más.

—Bien... acércate.

—Mándeme, excelencia.

—Apéame el tratamiento... ¿Dime Wlademir, has gobernado tú alguna vez?

—Muchas.,. Fuí tres meses chofer del gran Duque Sergio de Wladimir.

—¡Ah!... Entonces, vendrás conmigo.

—Si mi hermana quiere, sí.

—Me gusta... Eres formal. Vamos a mi cuarto, Wladimir.

—A las órdenes de su excelencia...

Trasladáronse, en efecto, a la habitación de Olga.

¿Qué hicieron allí?

Probablemente el joven ruso le referiría como se «fuma en pipa» en aquel bello país.

Entre tanto Renée que habíase ido en un carricoche hásta la población más próxima, penetraba en un cafetín de humilde aspecto.

Poco esperaba nuestra francesita la sorpresa que la aguardaba.

Viéndola llegar, algunos jóvenes que jugaban unas carambolas interrumpieron su diversión.

—¡Linda morenucha!

—Bellas formas, a fe. ¿La conoces, Max?

—Yo, no. Será forastera...

Renée, ante la atención de que era objeto, pretextó uua pregunta.

—¿Son ustedes militares, señores?

—¡A sus órdenes!...

—¿Han oído nombrar a mister Reginald Power, teniente de cazadores americanos?

—¡Oh, sí!—respondió Max con alegría.—Camarada, mío, señorita...

—¡Ah! Cuanto lo celebro... ¿Me acompañaría usted a mi posada?

—Con mil amores...

—Charlaremos en el camino...

Despidiéronse de todos. Luego subieron al carruaje.

Media hora más tarde Max, el teniente, un rubio guapote y de buen humor, y la coquetuela Renée llegaban a la hostería que conocemos.

Montaron a las habitaciones superiores.

—Señorita... si molesto...—decía Max, galante intentando retirarse ya.

—¡Oh! No...—musitaba ella reteniéndole por una mano y haciéndole sentar a su lado en un sofá viejo.

El contacto material estableciése entre ambos enseguida; las corrientes contrarias que gobiernan los sexos distintos iban a chocar: de un momento a otro podria producirse la chispa del goce.

Aquel goce tanto tiempo contenido en las venas de Renée y que presumía iba a reanudar, gracias a aquella felicísima casualidad.

***

Olga y Wladimir — quien había ya aceptado el nuevo empleo de chofer de la aventurera—retozaban a mas y mejor por su parte.

—Ven, siéntate aquí... junto a mí... más cerca.

—Excelencia yó...

—Has encendido la chimenea... Has hecho bien, chico... Así podré meterme en cama...

—Se siente mal la señora?

—Bah! Una ligera jaqueca...

En tanto iba aligerándose ella de ropas...

—Voy a llamar a Marta?..

—No, no... Tú eres quien debes cuidarme... Te irás acostumbrando... Acércate... ¿Vés? Ponme la mano aquí...

—Oh! Qué hermosos pechos!

—¿Te ruborizas?.. Mejor... Tímido! Un tímido así! Con el tiempo que yo andaba buscándole... Ahora desnúdate...

—Yo! Excelencia!..

—Lo mando...

Presto hubo obedecido el acoquinado

mozalbete.

—¡Qué alto eres!.. Y qué buen mozo!.. Buen desarrollo de miembros ¡a ver!.. Bien! Muy bien!.. A mi gusto...

Olga, con su acostumbrado cinismo, iba palpando, unos después de otros los contornos todos del corrido Wladimir, que no salía de su apotéosis.

La cálida rusa usó de toda la fuerza de sus seducciones: alzábase la camisa, y calentándose las piernas junto al fuego, el atortolado mozo iba calentándose... tanto como los miembros de la seductora, por lo menos. El la examinó, ya pasado el primer susto, más de cerca y acabó por obedecerla en todo.

—Sabes dar masage, Wladimir?

—Un poco, excelencia.

—Frótame, pues, aquí... En las piernas primero... Más arriba; no pares eso... ¡ah! ¡ah... ora !.. sube sin miedo tu mano!

—Es que no sé si...—decía el chico mientras sus manos, bastante expertas sobaban las morbideces de aquel cuerpo que él no sabía si soñaba o estaba despierto al tenerle tan cerca y al alcance de sus manos y de sus miradas.

Cuando ya hubo ella logrado su fin: esto es: incendia la sangre de su nuevo chofer, ordenó impertérrita:

—Ahora déjame en el lecho...

El inocente obedeció, como antes, y cogiendo en sus brazos la rica carga de aquella carne de pecado, ardiente y sabrosa depositóla en aquella mísera cama.

—Wladimir!

—Excelencia!..

—Cierra los postigos... y ven!..

El muchacho tembloroso y vacilante metióse en el lecho con aquella caprichosa aventurera. ¿Qué ocurrió luego?

***

En la alcoba vecina dos juveniles voces se arrullan.

—¿Me amarás mucho, Max?

—Más que a mis galones...

—¿Tienes dos galones, Max de mi alma?

—Me bastan para hacerte feliz...

—¿Fumas tú en pipa?..

—Eso no se pregunta: soy americano.

—¡Oh! que alegría... Tomo pipa, Max!

—¡Ya! ¿ahora mismo?

—Sí, sí... quiero que pruebes, amor mío...

Enseguida se armó la gran humareda, pues cada cual, tomó su pipa preferida y fumaron a duo con la mar de gracejo y desenvoltura.

FIN

MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

LEA USTED LA HERMOSA

COLECCIÓN PLACER

CACHONDA Y SABROSA — CADA TOMITO 10 CTS.

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos.—Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos.—Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer.—Amor en globo.—Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas.—Amores crueles.—Trapisondas de mujeres.—Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante.—Sangre ardiente.—Enredillos de hembras.—Palomitas tiernas.—El beso del camino.—Un maridazo.—Las hijas de Venus.—Centro Galante.—Delicias del amor.—La mujer ajena.—La Sabrosa.—Secretillos de alcoba.—La Isla del amor.—Un matrimonio modelo.—La Virgencita.—Las nenas cachondas.—Mujeres tunantes.—Canalladas de Cupido.—Travesuras de un conejo.—Diabluras deliciosas.—Paquita la blanda.—Lechos voluptuosos.—Don Pepito se las trae.—Toma tripita.—Un catre cachondo.—Los labios de Isabel.—Noches sicalípticas.—Mordiscos femeninos.—¡Venga cadera!—El bosquecillo de Venus.—El sexo débil.—Una tía sin vergüenza.—Caer de espaldas.—La danza de la popa.—Muslografía física.—Boquitas de piñón.—Ombligos movilizados.—Los agujeros de Trini.—Vahídos sicalípticos.—Las rocas peludas.—Vaivenes caderiles.—Memorias de un lunar.—La saeta de Cupido.—¡Viva la faldamenta!—Ajetreos amorosos.—Lamentos de un somier.—Un Canuto libertino.—Las NALGAS marinas.—A punto de caramelo.—¡Vaya cardo!—Los tres besos y medio.—El bosquecillo de Venus.—¡Toma candela!—La liga perdida.—Cine placer.—Cositas del querer.—Paraíso del Amor.—El jergón de la dicha.—Cuatro gotas.—Acaparadora de besos.—Toma y daca.—Una cama diabólica.—Placeres egipcios.—Piernas alzadas.—Las cosquillas del amor.—Sangresita serrana.—Dame tu aliento.—La rendija deliciosa.—Cabecitas locas.—El muslo tentador.—Asaura pal catre.—Besitos chupados.—Vientres movedizos.—Efluvios amorosos.—Fatiguillas sabrosas.—La reja de los suspiros.—El fogón de Manolita.—Una socia camelando.—Cachondeos matrimoniales.—Sobona incorregible.—Una tía frescales.—El dulce parcheo.—La sin hueso.—Oseulitos sicalípticos.—Fumar en pipa.

COLECCIÓN

¡¡VIVA LA GRESCA!!

La última palabra del despiporren — 10 tomitos

Riquísima presentación — Cada tomito 20 Cts.

Publicaciones Alegres — Barcelona - Buenos Aires